

materia; *Me faltan principios para juzgar de tal ó tal cosa*: tales eran sus expresiones cuando se le quería precisar á decir su parecer sobre algun asunto que no penetraba bien.

Vivió siempre como quien tenía que morir; pero cuando se convenció de que su muerte estaba cercana, avivó su espíritu, y procuró volver toda su atención á Dios y á la eternidad. Entónces le entró algun escrúpulo por causa de sus poesías, y habiéndolas juntado con varias cartas y papeles inútiles, me encargó que lo quemáramos todo junto, sin advertirme nada. Yo sospeché el engaño que quería hacerme, del demasiado cuidado que ponía en ocultarlo; y como su suma debilidad no le habia permitido barajar bien los papeles, ántes de aplicar la llama conocí que estaban allí sus poesías. Apartélas con cuidado, y libré de un eterno olvido los felices partos de este ingenio español; pero él quedó muy satisfecho de que con su muerte perecían tambien todos sus versos. Esto fué cuatro dias ántes de morir, y desde entónces me clavaba con mucha frecuencia la vista, y me decía: *Esto es morir. En este momento no temo á la muerte: sólo temo mi vida pasada; pero Jesucristo murió por mí*. Agravósele el mal, recibió los santos sacramentos, y descansó en el Señor, dia 10 de Septiembre de 1794, con la mayor tranquilidad, dejando á sus amigos llenos de dolor, y á todos grandes ejemplos de conformidad, fervor y magnanimidad eristiana.

No quiero hacer análisis de sus poesías, ni referir ciertas particularidades, que serian tan estimadas dentro de dos siglos como importunas al presente. Una amistad de las más verdaderas me hacia testigo de todos sus secretos, y esto mismo le unia tan estrechamente conmigo, que nada hizo ó pensó en que yo no tuviese parte. Llegó esto hasta el extremo de usar de mis versos como si fuesen suyos, dándolos por tales á personas que se los pedían. Los que saben cuánto incomoda un hijo espúreo del entendimiento, conocerán á fondo en esta sola acción la fineza del MAESTRO GONZALEZ para con sus amigos. El público ilustrado no retractará el juicio que tiene, ya hace tiempo, formado de este grande hombre; ántes bien creo que ahora, que se le presentan todas sus poesías purificadas y netas, las estimará como es justo, y las colocará entre las de nuestros esclarecidos poetas, al lado de las de Garcilaso, de fray Luis de Leon y de Herrera.

El MAESTRO GONZALEZ tenía sus poesías sin orden alguno. Yo las he dado alguna coordinacion, clasificando las piezas segun su especie. Varias composiciones se me han remitido á la muerte del MAESTRO GONZALEZ. Ellas prueban que tenía amigos, y que no eran de aquellos á quienes las musas miran con ceño. ¡Ojalá que cualquiera de ellos se hubiera tomado el trabajo de escribir estas memorias del MAESTRO GONZALEZ! Mi amistad lo hubiera agradecido, ellos quedarían más satisfechos, el público mejor servido, y el MAESTRO GONZALEZ dignamente elogiado. ¡Jovino! (Jovellanos); ¡ah elocuentísimo Jovino! hé aquí el Lysippo que debería sólo formar la estatua de Alejandro; pero conténtate, amado lector, con las desaliñadas cláusulas que ha dictado la verdad, y ha interrumpido muchas veces un dolor eterno, que durará tanto en mi alma y en mis ojos como la imagen del MAESTRO GONZALEZ en mi corazón.

(Salamanca, 1795.)

## II.

DE M. G. TICKNOR.

(Historia de la Literatura española.)

«El MAESTRO GONZALEZ, como poeta, se adhirió más que Melendez á la antigua escuela castellana, aunque eligiendo uno de sus mejores modelos, pues imitó á fray Luis de Leon con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oír aún la solemne entonacion de su gran maestro. Sus poesías más populares, sin embargo, pertenecen al género festivo, tales como *El Murciélago alevoso*, que se reimprimió muchas veces; sus versos *A la quemadura de un dedo de Filis*, y otros juguetes semejantes, en que se mostró dueño absoluto de cuantos giros felices y gracias de estilo encierra el antiguo lenguaje poético de Castilla. Un poema didáctico sobre *Las cuatro edades del hombre*, que comenzó, dedicándolo á Jovellanos, quedó sin concluir. Sus poesías, que circularon con profusion durante su vida, parece haber sido para él de muy poca importancia.»

## POESÍAS.

### LLANTO DE DELIO Y PROFECÍA DE MANZANARES.

#### EGLOGA

escrita con motivo de la temprana muerte del señor infante don Carlos Eusebio, y del felicísimo fecundo parto de la serenísima señora Princesa de Asturias.

DELIO, MANZANARES, POETA.

#### POETA.

El sol hacía su ocaso declinaba  
Y entre nubes oscuras se escondía  
Por no ver los desórdenes del suelo;  
En calma el viento estaba,  
Y el canto de las aves no se oía,  
A la vista negado el claro cielo;  
Todo aumentaba el duelo  
De Delio malhadado,  
Que, miéntras su ganado  
Pastaba junto al tardo Manzanares,  
Lloraba sin alivio sus pesares.  
Alzando al cielo el rostro lagrimoso  
(¡Ah! ¡cuánto demudado de como era  
Cuando los duros hados permitían!),  
Lanzó un ¡ay! lastimoso,  
Que del eterno asiento conmoviera  
Los montes, que dolerse parecían;  
Mas no correspondían,  
Como otras veces; que ora  
La ninfa habitadora  
De los bosques tapaba las orejas,  
Cansada ya de repetir sus quejas.  
Tomó la lira, que á su lado estaba;  
La lira, don de Apolo, que victorias,  
Amores y del campo la verdura  
Algun dia entonaba  
(¡Oh tristes, molestísimas memorias!)  
Mas ora, ya trocada su dulzura  
En amarga ternura,  
La arrima al pecho blando,  
Y sus cuerdas sonando,  
En triste són y lúgubre armonía,  
Hablando con el rio, así decía:

#### DELIO.

Rehuye, oh Manzanares, presuroso  
Del suelo que hasta aquí te fuera amigo,  
Y retira del Tajo tu carrera;  
Del Tajo, que despues de ser testigo  
Inhumano del caso doloroso,  
Que el horror esparció por su ribera,  
La nueva lastimera  
Va cruel publicando  
Por donde va pasando,  
Desde el extremo ardiente á Lusitania,  
Diciendo en su corriente:  
«Ya de Hesperia la luz resplandeciente  
Faltó en la Carpetania.»  
¡Oh triste hora! ¡Oh tenebroso dia,  
En que del centro de la deliciosa  
Selva, do están los lares más sagrados,  
Salió la voz doliente y lastimosa:  
«Murió Carlos, murió nuestra alegría.»  
Temblaron, al oírlo, los collados;  
Pastores y ganados  
Lloraron de consuno.  
¡Oh fracaso importuno!  
¡Oh tierna flor! ¡Oh tela delicada,

Cuyo precioso hilo,  
Torcido apenas, con agudo filo  
Cortó la Parca airada!  
¡Oh muerte injusta! ¡cómo nos robaste  
De un golpe solo toda la hermosura  
Y esperanza de nuestra amada gente?  
La tierna edad ¡no te inspiró ternura?  
¡Pudiste ver sus ojos? ¡No cegaste  
Al ver la majestad, que ya en su frente  
Rayaba claramente?  
¡O acaso el nombre angusto  
Te causó tanto susto,  
Que el mismo miedo te infundió osadía  
Para tan fiera hazaña,  
Pensando que lograrla tu guadaña  
No pudiera otro dia?  
¡Posible es que en tu daño, niño hermoso,  
Reservase Esculapio los secretos  
Que le alcanzaron nombre y sér divino?  
¡Acaso sus durísimos decretos  
No los obedeciste religioso?  
¡Por tu carne (¡ay!) no abrió el hierro malino  
Doloroso camino?  
¡Rehusaste, por ventura,  
Probar el amargura  
De la roja corteza peruana?  
Y tras esto, ¡el dios crudo  
Tuvo tanta dureza, que ver pudo  
Fimar tu luz temprana?  
¡Ni bastó á detenerte, alma preciosa,  
Del delicado cuerpo la hermosura,  
A tu sér celestial correspondiente?  
¡Ni de tu dulce madre la amargura?  
¡Ni del padre y abuelo la forzosa  
Pena? ¡Ni el ver la plebe condoliente,  
Que religiosamente  
En uno congregada,  
Por tu salud amada  
Votos mil, con fervor y llanto, hacia  
Al cielo? ¡Ni el temprano  
Y rico sacrificio, por mi mano  
Alzado cada dia?  
Volaste al cielo, en fin; dejaste al suelo,  
Miedo en el corazón, llanto en los ojos,  
De tu ausencia eternal dignos legados.  
La tierra fria cubre tus despojos.  
Trocóse la alegría en triste duelo.  
La madre, digna de mejores hados,  
Por campos y collados  
Corre sin ornamento,  
Llenando de lamento  
La horrible soledad, y tiernas quejas,  
Y yo, de los pastores  
Escándalo, por darme á mis dolores,  
Olvído mis ovejas.  
En la más retirada, más sombría  
Mansion de esa enlazada selva umbrosa,  
Do nunca penetrará el rayo ardiente  
(Que sin tí hasta la luz me fué enojosa,  
Y aborreciera toda compañía),  
Allí me escondo y lloro largamente.  
No hay quien atentamente,  
Mirando tal tristura,  
No la juzgue locura;  
Mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,  
Pues forzoso imaginó  
Que quien te pierde á tí, Carlos divino,  
Pierda tambien el seso.  
Si alguna vez al cuerpo fatigado  
Regalá con su bálsamo Morfeo,  
Entredicho poniendo á mis querellas,  
Al punto me parece que te veo

Con tus tiernas hermanas por el prado  
Andar cogiendo de sus flores bellas,  
Adornando con ellas  
Tu dorado cabello,  
Y que al verte tan bello,  
Abrazos mil te da la dulce Luisa,  
Te besa el padre amable,  
Mirándolo el abuelo venerable  
Con apacible risa.

Mas luego, vuelto en sí del dulce engaño  
El ánimo mezquino, cual torrente  
Con grave impedimento detenido,  
Que crece, rompe, y vuelve fuertemente  
De las quietas azadas el tamaño  
Sobre los secos ejes con gemido,  
Poniendo en útil ruido  
La aceña, que yaciera  
Dormida en su ribera,  
Así el dolor insano toma aumento  
De la quietud pasada,  
Y cuanto aflige al alma descuidada  
Le pone en movimiento.

Mil medrosos portentos, no creídos  
Entonces, tanto mal nos anunciaron;  
Mis ovejas miraban tristemente  
Adó el sol muere; súbito espiraron  
Dos corderos á Carlos ofrecidos;  
La guerra ¡ay, Dios! la flor de nuestra gente  
Devoraba inclemente,  
Y Marte, ardiendo en ira,  
Holló y rompió la lira  
De Dalmiro, ¡oh dolor! la digna sólo  
De celebrar la gloria  
De Carlos, extendiendo su memoria  
Del uno al otro polo.

¡Oh Tajol! huye, y luengos giros dando,  
Evita el cruel recinto, y su verdura  
Trunca en árido yermo y pavoroso;  
Crezca, en vez de la flor, la espina dura,  
Ni vierta allí la aurora el llanto blando,  
Y do amores cantaba el delicioso  
Ruisenior, el medroso  
Búho mil quejas cante,  
Para que el caminante  
Diga, al ver tal mudanza: «¿Dó se ha ido  
El verdor de este suelo?»  
Y le digan: «Castigo fué del cielo,  
Por lo que ha consentido.»

Desde que al mundo el sol su rayo encubre,  
Comienzo aquí tendido el triste llanto,  
Que no enfrena la noche temerosa,  
Veo volver los cielos entre tanto,  
Y el paso circular se me descubre,  
Señalado por Juno recelosa  
Á Calixto amorosa.  
Aquí la aurora bella  
Me encuentra en mi querella,  
Aquí me halla, al comenzar su día,  
Apolo refulgente.  
Todo pasa y se muda; solamente  
Queda la pena mía.

Y tú, precioso río, si aprendiste  
Á ser piadoso de los régios lares,  
Que bañas ledó, atiende á mi gemido,  
Y apruebe la razon de mis pesares  
El coro de las ninfas que te asiste.  
Mas ¡ay! que en tus arenas divertido,  
Me niegas el oído,  
Ni curas de mis quejas,  
Y sin pena te alejas,  
Y me dejas en misero lamento!  
Pues lleva en tus cristales,  
Para dulce testigo de mis males,  
El débil instrumento.

## POETA.

Aquí dejó el pastor su triste canto,  
Y á las aguas echó la dulce lira,  
Sin saber la virtud que en sí tuviera.  
Sintió el río el encanto,  
Y mientras Delio el nuevo caso admira,  
Dió á conmoverse toda la ribera.

¡Oh, si dado me fuera  
Referir como es digno  
El caso peregrino!  
Dilo tú, sábia Musa, ó dame aliento  
Para que decir pueda este portento.

El río, que yacía confundido  
Con la menuda arena, de repente  
Se incorporó en figura sobrehumana,  
Y apareció vestido  
De túnica sutil y trasparente.  
Venerable su faz y soberana,  
La barba luenga y cana  
Y el cabello rizado,  
De espadañas cercado,  
Mostraba en la estatura y gentileza  
Que era propia de un dios tanta grandeza.

Sobre el siniestro codo recostado,  
Tres veces sacudió del créspe pelo  
Las arenas, que lluvia parecían  
De plata sobre el prado.  
Alzó la poderosa diestra al cielo,  
Los coros de las ninfas atendían,  
Y en silencio yacían  
Los fannos, que al ruido,  
Del bosque habían salido.  
Y el Dios, mirando á Delio, que estuviera  
Sorprendido, le habló de esta manera:

## MANZANARES.

¡Por qué te das tormento,  
Pastor desacordado,  
Y llenas de clamores mis riberas?  
Cese ya tu lamento,  
Y á són más elevado  
Templa la dulce lira placentera,  
Y á la celeste esfera  
Levanta en este día  
Las santas bendiciones  
Y soberanos dones  
Que el cielo piadoso nos envía,  
Y la extraña ventura  
Que el bien de nuestros campos asegura.

Carlos, de ti llorado,  
Eterna luz habita,  
Sentado entre los dioses inmortales,  
De rosas coronado,  
Que el tiempo no marchita,  
Y abundoso de bienes celestiales,  
Con manos liberales  
A nuestra tierra amada  
Ha tanto repartido,  
Que parece ha subido  
A robar la riquísima morada  
Y tesoros del cielo,  
Para verterlos sobre nuestro suelo.

Oye mi profecía  
Con oídos atentos,  
Que el tiempo venidero hará patente;  
Guadarrama y Fonfria  
Sus eternos asientos  
Primero trocarán, que levemente,  
En lo que aquí te cuente,  
De la verdad sincera  
Discuerden mis razones,  
Ni se frustren los dones  
Prometidos, que es justo te refiera.  
Pues la razon precisa  
Escucha ya, La amable y dulce Luisa...

## POETA.

Apénas el angusto nombre oyeron  
Ninfas y faunos, con alegre ruido  
Tantos vivas al cielo levantaban,  
Que al dios interrumpieron.  
Y el un coro del otro dividido,  
Los fannos dulces himnos entonaban,  
Y las ninfas hollaban,  
Con gracia y compostura,  
Del suelo la verdura.  
«Viva, viva», los unos repetían;  
Las otras, «Luisa, Luisa», respondían.  
Duró por largo rato el alegría

Y festin comenzado, que mirára  
El ánimo complacido; y conociendo  
Que nunca acabaría  
Si á los coros silencio no intimára,  
En los labios proféticos poniendo  
El índice, y diciendo:  
«Escuchad lo restante»;  
Encendiendo el semblante,  
Y el gozoso tumulto sosegado,  
Siguió el dios el discurso comenzado.

## MANZANARES.

La amable y dulce Luisa,  
La más bella pastora  
Que vió en su régia orilla el Eridano,  
Y hoy nuestro suelo pisa,  
En cuyo rostro mora  
El coro de las gracias, y lo humano  
Junto á lo soberano,  
Y cuando mis orillas  
Pasea airosamente  
Por verla solamente  
Corren todos los pueblos en cuadrillas,  
Ni cesan de alabarla,  
Ni se hartan sus ojos de mirarla;  
Aquella nuera amada  
Del mayoral más bueno  
Que nuestros valles rige cuidadoso;  
De Venus regalada,  
En el fecundo seno  
(¡Tanto nos es el cielo dadivoso!)  
Siente el peso amoroso  
Del duplicado fruto,  
Que hará perpetuamente  
Dichosa nuestra gente,  
Y quitará á la Hesperia el triste luto,  
Entregando al olvido  
El llanto por el doble bien perdido.

El término cumplido  
De nuevas fases puras,  
Por Luisa dejará su bosque amado,  
Y al Endymion dormido  
Lucina en las alturas;  
Y el mayoral, mostrando con agrado  
Al pueblo allí ayuntado  
Los dones superiores,  
«Ve aquí, dirá, ¡oh preciada  
Nación! asegurada  
La clara sucesion de tus señores,  
La pena se disipe  
De dos Carlos con Carlos y Felipe.»

Y con extraño gozo  
La plebe religiosa  
Loará por tal don al cielo santo,  
Correrá el alborozo  
Por la tierra dichosa,  
Y oírse por do quiera el dulce canto,  
Que beneficio tanto  
En verso peregrino  
Levante á la alta esfera,  
Desde esta mi ribera,  
Donde moran las Musas de contino,  
Hasta aquellas majadas,  
Por el mar de nosotros alejadas.

De flores olorosas  
Las cunas rodeadas,  
Las gracias mecerán suavemente;  
Y asistiendo oficiosas,  
Cantarán mil tonadas,  
Con que toda tristeza y mal se ahuyenté,  
Y el bien esté presente,  
Y con susurro blando  
Las amigas abejas  
Adormirán sus quejas,  
En tanto que las parcas, volteando  
Los husos sin estruendo,  
Los preciosos estambres van torciendo.  
Mas luego que pasando  
Los años no sentidos,  
A sus amados padres conocieren,  
Y su luz explicando  
La razon, los crecidos

Ejemplos de virtud heroica vieren,  
Y cuando percibieren  
La piedad del abuelo,  
De la virtuosa madre  
La dulzura, y del padre  
El valor y otros dones mil del cielo,  
Y ya en edad mayores,  
Las historias de sus progenitores  
Lean... y cómo trajó  
Filipo el Animoso  
Desde el Sena la sangre esclarecida  
A nuestro amado Tajo,  
Del cielo don precioso,  
Con que fué nuestra Hesperia enriquecida,  
Y su gente regida  
Por costumbres mejores;  
Cómo pulió su traje,  
Cómo fijó el lenguaje,  
Y el canto acrisoló de los pastores,  
Con otros claros hechos,  
Cuya memoria dura en nuestros pechos...

Entonces nuestro suelo  
Brotará nuevas flores,  
Volverá al mundo la ofendida Astrea,  
Y reinará sin duelo  
Entre nuestros pastores.  
Tornará el siglo de Saturno Rhea,  
Y verterá Amaltea  
Del rico don sagrado  
Los bienes sin medida.  
La grama apetecida  
Seguro pacerá nuestro ganado,  
Y en las ociosas horas  
Cantarán tanta dicha las pastoras.

Recibirá el arado  
Facilidad, y el fruto  
Excederá la rústica esperanza,  
Mercurio con agrado  
Percibirá el tributo  
De la nave traída con bonanza,  
Y á Minerva alabanza  
Se dará cuando hiciere  
Que en las hesperias partes  
Sus tres amadas artes,  
Y cuanto ya empezado bueno hubiere,  
Por el doble talento  
Llegue á su perfeccion y complemento.

Mas oye las señales  
Que á tanta profecía  
Acompañan, en fe de verdadera,  
Con pactos inmortales  
Se firmará algún día  
La paz más ventajosa y lisonjera  
A toda mi ribera,  
Después que tremolados  
Los soberbios leones,  
Sean en tus pendones,  
Castilla, en triunfo y ovacion llevados  
Por el valor hispano,  
Desde el seno balear al mejicano,  
Y la ciudad alzada

En la africana orilla,  
Donde la esclavitud fijó su asiento,  
Al suelo derrocada,  
Con la infame gavilla,  
Verás por fin con ruina y escarmiento,  
El ibero ardimiento  
Con más razon temido  
Será de aquella gente,  
Y porque eternamente  
Se extirpe, á tan humano intento unido,  
El dueño soberano  
De Africa y Asia nos dará su mano.  
¡Oh Delio, si lograrás,  
Por raro don del cielo,  
Que tu edad se midiese por la mía!  
¡Cómo ledó cantarás  
Las dichas de este suelo,  
Cumplida ya tan alta profecía!  
Pero la muerte fría  
Te ocupará, y tu canto  
Con verso más ameno

Proseguirá Liseno,  
A quien oye Compluto con espanto;  
Y tal vez el Henares  
Alzó el pecho, atendiendo á sus cantares.  
Tambien con alto estilo  
Ayudará al intento  
El que en el Tórmes canta dulcemente,  
Batilo, el buen Batilo,  
A quien dió su instrumento  
Dalmiro, que con voz desfalleciente  
Le dijo: «Solamente  
A tí, zagal, es dado  
Concertar esa lira,  
Que destrozó con ira  
Marte, y cantar del siglo bienhadado;  
Y será el canto dino  
Si lo aprobáre el juicio de Jovino.»

POETA.

Dijo el río, y tornóse al sér primero;  
Faltó el grande auditorio de repente;  
Volvió en sí Delio, y la vision tuviera  
Por sueño lisonjero,  
Si un gozo celestial, que dulcemente  
Sintió, no la aprobára verdadera.  
Y notando que era  
El día ya pasado,  
Amenazó el ganado,  
Y caminó seguro, á su alquería,  
Del cumplimiento de esta profecía.  
*Dicebam certe: Vatum non irrita corrunt  
Auguria...*

(Statius, lib. v, sylvar. II.)

## ÉGLOGA.

## DELIO Y MIRTA.

MIRTA.

¿Qué tienes, Delio mio? ¿Qué accidente  
En tu rostro el color ha demudado?  
Ayer te vi gustoso y complaciente  
Gozar de mis caricias; hoy, airado  
El semblante, ojeroso y macilento,  
El cabello sin orden desgreñado,  
Muda la voz, turbado el pensamiento,  
Y el lamento á los aires esparcido,  
Publica ser extraño tu tormento.  
¿Qué nueva pena, di, te ha poseído?  
Cuéntame tu dolor, por ver si alcanza  
Alivio el mal conmigo conferido.

DELIO.

¡Ay Mirta! Que el vivir sin esperanza  
Ha causado este trueque tan extraño.  
De tu mudanza nace mi mudanza.  
Antimio me ha traído el desengaño  
De que todo tu amor fingido era:  
Antimio me ha sacado del engaño,  
Luégo que á pacer vino esta ribera  
Con su ganado, ayer. ¡Oh suerte impía!  
¿Quién de tí tal mudanza presumiera  
Antes de su llegada! Yo leía  
En tu semblante toda mi ventura,  
Tu mirar halagüeño me decía:  
«Tuya soy, Delio mio»; y con dulzura  
El fuego de tu pecho ponderabas.  
¿Cuántas veces dejaste á la ventura  
Los amados corderos que guardabas,  
En medio de la siesta amarizados?  
Y luégo de la mano me tomabas,  
Y por los matorrales intrincados  
Me llevabas, diciendo: «Ven conmigo  
Tú solo, Delio mio; que sentados  
»Donde el bosque se estrecha en lazo amigo,  
En tanto que seorean los pastores,  
Cantarémos á solas sin testigo,  
»Con gusto y con placer, nuestros amores.»  
Testigo es de aquel roble la rudeza,  
Que al tiempo hará inmortales tus favores  
Pasados; pues cediendo su dureza

De agudo pedernal al golpe fuerte,  
De tu mano escribiste en su corteza  
Un letrero que dice de esta suerte:  
«Delio, mio has de ser toda la vida,  
Y Mirta te ha de amar hasta la muerte.»  
¡Ay! Cuántas veces, á mi cuello asida,  
Dijiste: «Ven, pastor, hácia esta fuente  
(Ya que el tiempo oportuno nos convida);  
»Templarémos de amor la sed ardiente,  
Más con el trato dulce y amoroso  
Que con el frío raudal de su corriente.»  
Juzgábase con esto venturoso;  
Pero al llegar Antimio á esta ribera,  
De mi pecho faltó todo el reposo.

¡Ay Mirta de mi vida! ¿quién creyera  
En tu pecho mudanza semejante,  
Para él alegre, para mí severa?  
De Antimio no te apartas un instante;  
En todo al triste Delio le prefieres;  
Antimio mira afable tu semblante;  
El no vive sin tí; tú sin él mueres:  
Tú le sigues do quiera que se ausenta;  
El sigue por do quiera que tú fueres.  
Si Antimio va zagüero, luégo inventa  
Tu amor algun motivo no esperado  
Para esperar á Antimio; ó desalienta  
Tu pecho, de rendido y fatigado,  
O tal vez imaginas que el cerdoso  
Cordel de tus abarcas se ha soltado,  
Y dices: «Corre, Delio, presuroso;  
Que en el sembrado se entran las ovejas,  
Y el ceñir esta abarca me es forzoso,  
»En este breve rato que te alejas;  
Pues ¿qué dirán los dioses si contigo  
Te vieran esta vez?» Y así me dejas.  
Yo en pos de las ovejas luégo sigo,  
Y vuelvo, y hallo á Antimio en tu presencia,  
De tu accion recatada fiel testigo.

¿Qué dirían los dioses, cuya ciencia  
Siempre obstáculo fué de mi ventura?  
Los dioses lo miraron con paciencia.  
¿Y qué dijeron cuando en la espesura  
De esa selva te vieron otro día,  
Recostada en su pecho, sin cordura,  
Atendiendo á unos versos que leía  
(Obra suya, que alaba á todas horas);  
Versos que en toda métrica porfía,  
Aunque los cante en voces muy sonoras,  
Los escuchan con tedio los zagales  
Y los oyen con burla las pastoras?  
¡Ay Mirta! si los dioses inmortales,  
De estos nuestros afanes caso hicieran,  
Ellos piedad tuvieran de mis males.  
Tu duro corazón enternecieran,  
Tus mudanzas hubieran castigado,  
Y mi amor al de Antimio prefirieran.  
¿No me respondes, Mirta? ¿Te ha turbado  
La justa relacion de mi tormento,  
O no merece Delio desdichado  
Consuelo en su dolor? ¡Ah! cobra aliento,  
Háblame, más que digas que me engaño,  
Y ojalá me dijeras que yo miento.

MIRTA.

¡Ay, Delio, Delio! ¿Cuánto ve en su daño  
Un hombre de los celos afligido,  
Lince al dolor y topo al desengaño!  
A todas tus querellas he atendido,  
Y á no ver que el amor te enajenaba,  
Me hubiera de tus quejas ofendido.  
¿No te dije bien claro que ya amaba  
A Antimio cuando tú me descubriste  
El incendio que el pecho te abrasaba?  
En este caso, ¿tú no pretendiste  
Tener en mi cariño alguna parte,  
Sin perjuicio de Antimio? ¿No dijiste:  
«Vivir me es imposible sin amarte;  
Bien sé que Antimio á tí te amó primero,  
Tú de su amor no puedes apartarte.  
»Amanos á los dos, porque yo quiero  
Ser amado de tí con fe sencilla,  
Aunque tenga en tu amor lugar postrero,

»Entre los dos no habrá jamás rencilla,  
Contento con su parte cada uno;  
Serán de amor la nueva maravilla  
»Dos pastores, que amaron de consuno  
A una misma pastora con desvelo,  
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno?  
Tú mismo ves que Antimio sin recelo  
Te ve participar de mis favores,  
Sin que por eso forme queja ó duelo.  
¿Y te puedes quejar que en mis amores  
Logre Antimio la parte que le cabe,  
Y á que son sus obsequios acreedores?»

DELIO.

No fuera, á la verdad, mi mal tan grave,  
Y mi tormento fuera más sufrible,  
Si esto posible fuera; mas quien sabe  
Lo que es amor, no tiene por posible  
Que vivan dos amores en un pecho,  
Por ser el uno al otro incompatible.  
Yo fundo mi razon en mi propio hecho.  
Desde que empecé á amarte, Mirta mia,  
De todo el corazón te di el derecho.  
Las pastoras dejé que antes queria  
(Si bien que de ellas nunca fué sabido  
Mi amor); la Inés, la Fabia y Rosalía,  
La Arsenia, cuyo rostro es aplandido;  
La Julia y otras mil pastoras bellas,  
Por tí sola vinieron en olvido.  
Buen testigo son de esto las querellas  
Continuas de Fascimia, la envidiosa,  
Que tú no puedes menos de sabellas,  
Pues sentida de mí, de tí celosa,  
Te cuenta con voz triste y lastimera  
Mis desprecios, y en esto no reposa.  
Y yo, mi dulce Mirta, no creyera  
Que te adoraba con amor sencillo,  
Si en mi pecho otro amor caber pudiera.

MIRTA.

Mira, Delio: yo tengo un corderillo  
Blanco, de rojas manchas salpicado,  
Cuya madre, al dejarle en un tomillo,  
Murió de un accidente no esperado;  
Aplicuéle á otra oveja, que criaba  
Otro de blanco y negro variado.  
Al principio la oveja le extrañaba;  
Después ya le criaba y le lamia;  
Era, en fin, tanto ya lo que le amaba,  
Que si por algun caso le perdía,  
Ansiosa le buscaba con balido;  
De manera que nadie conocía,  
Ni tú, Delio, lo hubieras conocido,  
Con tu mucho saber y tu experiencia,  
Cuál era de los dos el más querido.

DELIO.

¡Ay triste! que aunque, estando en tu presencia,  
Tal vez pueda creer que soy amado  
De tí, ya llegó el tiempo de mi ausencia.  
Pues Arsenio, á quien sirvo, ¡ah triste hado!  
Me ha enviado á decir que sin tardanza  
Amenace hácia el Tórmes el ganado,  
Y temo, con razon, que esta mudanza  
En tu pecho resfrie mis amores,  
Y en el mio dé fin á la esperanza.

MIRTA.

Antes producirá el Diciembre flores  
En los prados, y el Julio las corrientes  
Suspendrá con hielo, y los olores  
Del tomillo y romero florecientes  
Huirá la docta abeja, y harán lecho  
En las hojas del Fresno las serpientes,  
Y no florecerá el ingrato helecho  
En esta nuestra selva umbrosa y fria,  
Que falten tus amores de mi pecho.

DELIO.

Y antes la liebre tímida á porfía  
Siguiendo en pos del galgo irá con saña,  
Y el Tiber, que por Roma el paso guía,  
La corte bañará de nuestra España;  
Y olvidando sus huertos y verdores,

El Ebro correrá por la Bretaña;  
Y la cierva sedienta en los calores  
Olvidará la cristalina fuente,  
Que falten de mi pecho tus amores.  
Y pues es ya forzoso que me ausente,  
Este favor, por último, te pido  
Que siempre en tu memoria esté presente.  
Yo viviré muy triste y afligido  
Sin tu dulce presencia; mas la pena  
Con mis versos templar he discurrido;  
Que tú, Mirta, no ignoras tengo vena,  
Y no hay uno entre todos los zagales  
Que me exceda en cantar con dulce avena.  
Yo te los enviaré, porque mis males  
Logren alguna vez enternecerse;  
Y si place á los dioses inmortales,  
Las veces que yo pueda, vendré á verte,  
Y te traeré manzanas olorosas.  
¡Ay! quiera el cielo que en dichosa suerte  
En estas nuestras selvas deleitosas  
Los tres vivamos siempre en lazo amante,  
Gozando edades largas venturosas;  
Que aunque á los dos yo en años adelanto  
La cana en mi cabello aún no es nacida,  
Ni surca la honda ruga mi semblante.  
Y si tú nos excedes en la vida,  
Honra con un sepulcro nuestra muerte,  
Bajo una losa, do será esculpida,  
De acerado cincel á golpe fuerte  
(Si es que tienes valor para escribilla),  
Una letra que diga de esta suerte:  
«Aquí yace de amor la maravilla:  
Dos pastores que amaron de consuno  
A una misma pastora con desvelo,  
Sin que entre ellos hubiese duelo alguno.»

## Á LAS NOBLES ARTES.

ODA.

Levanta ya del suelo  
El rostro lagrimoso,  
Virtud, hija del cielo, don divino;  
Y recobra el consuelo,  
Que ciego y aleyoso  
Te robó el ya pasado desatino;  
Que el áspero camino  
Por do sigue á la gloria,  
Y á tu morada guía,  
Emprenden á porfía  
Mil jóvenes, borrando la memoria  
Del vil ocio indolente  
En que yaciera la española gente,  
De tu rara belleza,  
Más que del prometido  
Rico tesoro, el ánimo aguijado,  
Sacude la pereza,  
Y el siglo corrompido,  
Que el honor de tus artes ha manchado  
Con gusto depravado,  
Condena, y redarguye  
Los pasados errores  
Con mil bellos primores,  
Que el usurpado honor las restituye;  
Y ofrece á los umbrales  
De tu templo mil obras inmortales.  
Bien como el pequenuelo  
Grano, que, cuando nace,  
No bien el pico llena á laavecilla,  
Y el palestino suelo  
Robusto árbol le hace  
Después, do anida de aves gran cuadrilla  
(¡Oh rara maravilla!),  
Así las diseñadas  
Obras menudamente  
Por la asociada gente  
En breve carta tienen encerradas  
Grandezas, cuya suma  
No la alcanza la lengua ni la pluma,  
De la madre natura  
Los seres desmayados

A más sublime estado los levantas,  
¡Oh divina Pintura!  
Y al lienzo trasladados,  
Instruyes la razón, la vista encantas  
Y así el aire suplantas  
De la verdad que imitas,  
Que con los coloridos  
Por su mano ofrecidos,  
También el ser parece que la quitas,  
Tanto, que si advirtiera  
La usurpación, colores no te diera.  
En superficie lisa,  
Sin que causen aumento  
Colocar valles, montes, selvas, ríos,  
A distancia precisa,  
Acción sin movimiento;  
Fondos, léjos, alturas y vacíos;  
La mar de sus navíos  
Separar, y la tierra  
Del globo refulgente,  
Y sombra que la luz nunca destierra,  
Jamás logró natura;  
¡Solo es don tuyo, celestial Pintura  
A golpes repetidos  
De acero riguroso,  
O al vivo fuego sueltos los metales,  
Y en moldes oprimido  
(Que al varón virtuoso  
Solo pueden labrar trabajos tales),  
Obras tus inmortales  
Efectos, ¡oh Escultura!  
Por tí son conservados  
Los héroes celebrados  
De la virtud, cuando la muerte dura  
Los reduce á ceniza,  
Y tu diestro cincel los eterniza.  
La ninfa desdeñosa,  
En leño convertida,  
Huyendo del amor de Apolo ardiente,  
Con acción prodigiosa  
Recobra nueva vida  
Por la escultura, y mano diligente,  
Que poderosamente  
También anima el bruto  
Mármol con igual arte  
En que un día Anaxarte  
Fue mudada, por ver con ojo enjuto  
A su puerta colgado  
Al mancebo de Cipro malhadado.  
Bajo el olmo frondoso,  
O en la caverna oscura,  
O en choza humilde, el hombre habitaria,  
Sin tu auxilio piadoso,  
¡Oh sabia Arquitectura!  
Tú le elevas al cielo, y la vacía  
Región, que no podía,  
Huella con firme planta.  
Tú, fundando ciudades,  
Fijas las sociedades,  
Por tí el régio palacio se levanta  
A dar cuidado al cielo  
Y eterno peso al carpetano suelo.  
Al Dios que tierra y cielo  
Ni espacio imaginable  
Pueden ceñir, en todo ilimitado,  
Tú con devoto celo  
Y mano infatigable  
Eriges templo angusto, do adorado  
Del pueblo, ante él postrado,  
Recibe sacrificio;  
¡Ah! el que en verdad le implora,  
Le encuentra á toda hora  
En él, tan amoroso, tan propicio,  
Liberal y clemente,  
Como si allí habitara solamente.  
Incauta lira mía,  
Solo á humildes cantares  
En la margen del Tórnes avezada,  
¡Quién te infundió osadía  
Para que en Manzanares  
Cantes cosa tan nueva y elevada?  
¡Ay! deja la empezada

Locura; que no es dado  
A tus débiles puntos  
Tratar estos asuntos,  
Y más, cuando hasta el cielo los ha alzado,  
Con verso más divino,  
De otras liras el canto peregrino.

## EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

## INVECTIVA.

Estaba Mirta bella  
Cierta noche formando en su aposento,  
Con gracioso talento,  
Una tierna canción, y porque en ella  
Satisfacer á Dello meditaba,  
Que de su fe dudaba,  
Con vehemente expresión le encarecía  
El fuego que en su casto pecho ardía.  
Y estando divertida,  
Un murciélago fiero, ¡suerte insana!  
Entró por la ventana;  
Mirta dejó la pluma, sorprendida,  
Temió, gimió, dió voces, vino gente;  
Y al querer diligente  
Ocultar la canción, los versos bellos  
De borrones llenó, por recogellos.  
Y Dello, noticioso  
Del caso que en su daño había pasado,  
Justamente enojado  
Con el fiero murciélago alevoso,  
Que había la canción interrumpido,  
Y á su Mirta afligido,  
En cólera y furor se consumía,  
Y así á la ave funesta maldecía:  
«Oh monstruo de ave y bruto,  
Que cifras lo peor de bruto y ave,  
Vision nocturna grave,  
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,  
De la luz enemigo declarado,  
Nuncio desventurado  
De la tiniebla y de la noche fría,  
¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?  
»Tus obras y figura  
Maldigan de común las otras aves,  
Que cánticos suaves  
Tributan cada día á la alba pura;  
Y porque mi ventura interrumpiste,  
Y á su autor alligiste,  
Todo el mal y desastre te suceda  
Que á un murciélago vil suceder pueda.  
»La lluvia repetida,  
Que viene de lo alto arrebatada,  
Tan sólo reservada  
A las noches, se ponga á tu salida;  
O el relámpago pronto reluciente  
Te ciegue y amedrente;  
O soplando del Norte recio el viento,  
No permita un mosquito á tu alimento.  
»La dueña melindrosa,  
Tras el tapiz do tienes tu manida,  
Te juzgue, inadvertida,  
Por telarana sucia y asquerosa,  
Y con la escoba al suelo te derribe;  
Y al ver que bulle y vive  
Tan fiera y tan ridícula figura,  
Suelte la escoba y huya con presura.  
»Y luégo sobrevenga  
El jugueton gatillo bullicioso,  
Y primero medroso  
Al verte, se retire y se contenga,  
Y bufe y se espeluce horrorizado,  
Y alce el rabo esponjado,  
Y el espinazo en arco suba al cielo,  
Y con los piés apenas toque el suelo.  
»Mas luégo recobrado,  
Y del primer horror convalecido,  
El pecho al suelo unido,  
Traiga el rabo del uno al otro lado,  
Y cosido en la tierra, observe atento;  
Y cada movimiento

Acontezca tal fin y tal estrella  
A aquel que mal hiciera á Mirta bella.»

## Á MELISA.

## SUEÑOS.

Sonaba yo, Melisa  
(Ya que quieres saber lo que soñaba);  
Soñaba yo que en un ameno prado  
Andabas tú con prisa  
Tejiendo de las flores que brotaba  
Una guirnalda; y luégo con agrado  
(¡Oh favor no esperado!)  
Con ella frente y sienas me ceñías,  
Y con rostro halagüeño me decías:  
«A tí solo, entre todos los pastores,  
Se deben los honores,  
Yo, Dello, por tí muero,  
Y en el amor á todos te prefiero.»  
Con el extraño gozo,  
El corazón del centro se salía,  
Y al fin me despertó con su latido,  
Bañado en alborozo.  
Mas luégo me acordé que en cierto día  
Este favor á Antimio has concedido,  
Y á mí le has preferido;  
Pues le diste de Apolo los honores,  
Por más que murmuraron los pastores,  
Y apenas hube aquesto recordado,  
Me volví de otro lado,  
Y con cólera y ceño  
Maldije la vigilia, alabé el sueño.  
Volví á quedar dormido,  
Y sentado me hallé junto á una fuente,  
Mirando su murmullo muy atento;  
Y estando divertido,  
Allí llegaste apresuradamente,  
Pidiendo de beber, y yo al momento  
Un vaso te presenté;  
Y dices tú con risa y burla mía:  
«No es ésa, Dello, el agua que pedía;  
La sed que yo padezco es amorosa;  
Y siempre codiciosa  
De tus eternos lazos,  
Solo pueden templarla tus abrazos.»  
Yo, viendo mi ventura,  
Fui á lograrla, los brazos extendidos,  
Y cayó de mi mano el frágil vaso  
Sobre una peña dura,  
Y el golpe me reduce á los sentidos;  
Y vuelto bien en mí por este acaso,  
En mi memoria paso  
Las veces que esta dicha repetías  
A tu Antimio, y á mí te resistías,  
De nueva faz de religion armada;  
Y viéndote entregada  
En brazos de otro dueño,  
Maldije la vigilia, alabé el sueño.  
Volví la vez tercera  
A dormir, y soñé que con gran prisa  
Tocabas con la aldaba á mi postigo,  
Diciendo desde afuera:  
«Abre, no temas nada; soy Melisa,  
Que me vengo á vivir siempre contigo  
En lazo eterno amigo;  
Tendrémos ya los dos comun el techo,  
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.  
En uno juntarémos los ganados,  
Que con bienes doblados,  
Y con paz juntamente,  
Pasarémos la vida dulcemente.»  
Yo, de mi dicha cierto,  
Dejo el lecho, dormido, apresurado;  
Y destinando, ruedo la escalera,  
Y en el zaguán despierto,  
Bañado el rostro en sangre y maltratado,  
Y vi que esta ventura (¡oh suerte fiera!)  
Imposible me era,  
Pues el lazo que á mí me prometías,  
Tratado con Antimio lo tenías;

Que en tí llegue á notar su perspicacia,  
Le provoque al asalto y le dé audacia.  
»En fin, sobre tí venga,  
Te acometa y ultraje sin recelo,  
Te arrastre por el suelo,  
Y á costa de tu daño se entretenga;  
Y por caso las uñas afiladas  
En tus alas clavadas,  
Por echarte de sí con sobresalto,  
Te arroje muchas veces á lo alto.  
»Y acuda á tus chillidos  
El muchacho, y convoque á sus iguales,  
Que con los animales  
Suelen ser comunmente desabridos;  
Que á todos nos dotó naturaleza  
De entrañas de fiereza,  
Hasta que ya la edad ó la cultura  
Nos dan humanidad y más cordura.  
»Entre con algazara  
La pueril tropa, al daño prevenida,  
Y lazada oprimida  
Te echen al cuello con fiereza rara;  
Y al oírte chillar alcen el grito  
¡Y te llamen maldito!  
Y creyéndote al fin del diablo imágen,  
Te abominen, te escupan y te ultrajen.  
»Luégo por las telillas  
De tus alas te claven al postigo,  
Y se burlen contigo,  
Y al hocico te apliquen candelillas,  
Y se rian con duros corazones  
De tus gestos y acciones,  
Y á tus tristes querellas ponderadas  
Correspondan con fiesta y carcajadas  
»Y todos bien armados  
De piedras, de navajas, de agujones,  
De clavos, de punzones,  
De palos por los cabos afilados  
(De diversion y fiesta ya rendidos),  
Te embistan atrevidos,  
Y te quiten la vida con presteza,  
Consumando en el modo su fiereza.  
»Te puncen y te sajen,  
Te tundán, te golpeen, te martillen,  
Te piquen, te acribillen,  
Te dividan, te corten y te rajen,  
Te desmiembren, te partan, te degüellen,  
Te hiendan, te desuellen,  
Te estrujen, te aporreen, te magullen,  
Te deshagan, confundan y aturullen.  
»Y las supersticiones  
De las viejas creyendo realidades,  
Por ver curiosidades,  
En tu sangre humedezcan algodones,  
Para encenderlos en la noche oscura,  
Creyendo sin cordura  
Que verán en el aire culebrinas  
Y otras tristes visiones peregrinas.  
»Muerto ya, te dispongan  
El entierro, te lleven arrastrando,  
Gori, gori, cantando,  
Y en dos filas delante se compongan  
Y otros, fingiendo veces lastimeras,  
Sigán de planideras,  
Y dirijan entierro tan gracioso  
Al muladar más sucio y asqueroso;  
»Y en aquella basura  
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,  
Y en él te depositen,  
Y allí te den debida sepultura;  
Y para hacer eterna tu memoria,  
Compendiada tu historia  
Pongan en una losa duradera,  
Cuya letra dirá de esta manera:

## EPITAFIO.

»Aquí yace el murciélago alevoso  
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,  
De pueril saña triunfo lastimoso,  
Con cruel muerte pagó su alevosía:  
No sigas, caminante, presuroso,  
Hasta decir sobre esta losa fría: